

percevoir les tendances de fond, ce qui, dans le cas des Romains, qui bâtirent l'un des empires les plus durables de l'Histoire, revêt une importance majeure, comme l'a bien compris l'auteur. Pour conclure, l'*Histoire des guerres romaines* est un beau livre où Yann Le Bohec montre toute la mesure de son érudition et de son expertise d'un sujet qu'il a étudié avec fruit pendant de nombreuses années. Nicolas MEUNIER

Julián ESPADA RODRÍGUEZ, *Los dos primeros tratados romano-cartagineses. Análisis historiográfico y contexto histórico*. Barcelona, Universitat de Barcelona, 2013. 1 vol. 21 x 29,7 cm, 328 p., 6 fig., 10 cartes. Prix : 40 €. ISBN: 978-84-475-3674-0.

El estudio de la historia de la Roma arcaica siempre encierra una gran complejidad debido a la escasez de fuentes disponibles. De igual modo, los textos literarios sobre esta época fueron escritos varios siglos después, además de que muchos de ellos poseen un marcado carácter legendario. Un claro ejemplo de esta problemática lo constituyen los dos primeros tratados diplomáticos (en adelante, P1 y P2) entre Roma y Cartago, especialmente con el primero porque, según Polibio, fue firmado a comienzos del periodo republicano. Por el contrario, Tito Livio y Diodoro Sículo no mencionan este texto de fines del s. VI a.C., sino que citan como primer pacto el situado hacia el año 348 a.C. Este problema ha originado desde el siglo XIX un profundo y dilatado debate, en el que los historiadores se han dividido en dos tesis principales: la defendida por Mommsen que opta por datar ese convenio a mediados del s. IV a.C. porque considera muy improbable que en esa época Roma tuviera la capacidad de firmar un tratado de esas características con una potencia tan importante como Cartago. En cambio, otros historiadores, encabezados por Nissen, aceptan la cronología polibiana, pues este autor griego habría tenido acceso a una fuente fidedigna como el archivo de los ediles del Capitolio. Además, el descubrimiento de las Tablillas de Pyrgi en 1964 parece apoyar sus teorías, puesto que este documento epigráfico recogía un acuerdo entre Cartago y una ciudad etrusca a comienzos del s. V a.C. Esta importante controversia historiográfica es el punto de partida de J. Espada, pues en la introducción de su obra (p. 33-52) desarrolla un amplio estado de la cuestión en la que expone y sintetiza las principales interpretaciones y argumentos de los historiadores de cada bando. A continuación, el libro se estructura en cinco partes netamente diferenciadas, ya que se analizan por separado los elementos presentes en P1 y P2 en búsqueda de unas claves que le ayuden a intentar resolver este problema de difícil solución. Asimismo, la obra incluye mapas e ilustraciones de la Roma arcaica, además de un índice analítico donde se reúnen nombres de autores y topónimos antiguos, fuentes, términos griegos y latinos, así como conceptos generales y algunos tecnicismos. En el primer apartado (p. 53-68), relativo a las fuentes históricas, Espada recopila todos los textos clásicos en griego y latín que contienen información sobre los distintos tratados establecidos entre Roma y Cartago. Posteriormente, se abordan los aspectos externos e internos de las Tablillas de Pyrgi, tales como el contexto arqueológico y la propuesta de traducción. La segunda parte (p. 69-94) se centra en las prácticas diplomáticas en época arcaica. En este sentido, se constata la considerable similitud de las fórmulas y el contenido entre los tratados griegos y romanos, ya que resulta lógico que estos últimos en sus relaciones exte-

rios se fijaran en las *poleis* helénicas debido a su gran experiencia en este ámbito. En el capítulo siguiente, el autor ofrece un detallado análisis de las características y de la estructura compositiva del segundo tratado romano-cartaginés, mostrando sus semejanzas y diferencias con P1. Por último, se ofrece una relación de los acuerdos que concluyó el último rey de Roma, Tarquinio el Soberbio, con los pueblos vecinos. La tercera parte (p. 95-188) es el bloque de mayor extensión de la obra y plasma el contexto histórico internacional del Mediterráneo durante aquella época. Espada comienza con un comentario de la difícil cuestión de las eras cronológicas de la historiografía romana, pues uno de los grandes problemas de P1 es su coincidencia cronológica con otros acontecimientos relevantes como el derrocamiento de la monarquía, la proclamación de la República y la dedicación del templo Capitolino. En los siguientes apartados, se explican las relaciones de Roma con las ciudades latinas y etruscas, el ascenso de Cartago y la administración de sus territorios, así como los conflictos bélicos en los que intervinieron romanos y púnicos entre los siglos VI y IV a.C. La cuarta parte (p. 189-213) trata de una digresión del autor, puesto que contiene tres capítulos que versan sobre cuestiones que tienen una relación indirecta con el tema central de los pactos entre Roma y Cartago. De este modo, se comentan primero los archivos de Tiro, Cartago y de la República romana, luego la navegabilidad del río Tíber durante aquel periodo y, finalmente, el desarrollo del culto a Juno en Roma, además de la extensión de otras divinidades púnicas en Italia. La quinta y última parte (p. 215-272) contiene las conclusiones y constituye la auténtica aportación de Espada al problema historiográfico de los dos primeros tratados romano-cartagineses, ya que realiza una valoración conjunta de todos los aspectos que ha ido desgranando en los capítulos anteriores y se decide por fin a ofrecer sus propias propuestas interpretativas. En este sentido, el autor se decanta por una cronología alta para P1 porque Cartago, como consecuencia de sus intereses en la costa tirrénica de la península Italiana, pudo entrar en contacto con Roma (una ciudad etrusquizada) que contaba con una privilegiada posición a orillas del Tíber. En efecto, no se trataría de un hecho realmente insólito, puesto que las Tablillas de Pyrgi son un reflejo de las relaciones entre la potencia púnica y los enclaves etruscos, en este caso Caere. Además, los acuerdos entre Roma y las comunidades vecinas demostrarían también la capacidad de la primera para llevar a cabo ese tipo de pactos. Asimismo, es cierto que resulta chocante la claridad y exposición del pasaje polibiano de P1 al tratarse de un documento de fines del s. VI a.C. Espada intenta resolver esta cuestión mediante la deducción sugerente de que Polibio utilizaría los datos más relevantes del primer tratado para reescribir un nuevo texto, en el que incluiría elementos procedentes de P2 y otros de su propio tiempo. En definitiva, para el autor el primer convenio romano-cartaginés constituiría un hito en la política exterior romana porque de este modo “Roma rebasaba su ámbito regional para entrar en la esfera internacional de la mano de su futura encarnizada enemiga, Cartago” (p. 269). En conclusión, la obra de J. Espada lleva a cabo una nueva aportación al prolongado debate historiográfico sobre los dos primeros tratados romano-cartagineses que seguirán constituyendo una cuestión prácticamente irresoluble. El autor demuestra una gran erudición al exponer numerosas teorías e interpretaciones de la investigación moderna; sin embargo, en ocasiones resultan un tanto excesivas y se echa en falta sus propias hipótesis al respecto. De igual modo, la lectura no es muy fluida por la repetición de varios

argumentos y párrafos, además de que no se comprende bien la utilidad de algunos apartados como la enorme relación de pactos entre Roma y las comunidades vecinas, así como la cuarta parte titulada “aspectos complementarios” que quizás hubieran debido aparecer como anexos. En cualquier caso, en este libro se puede encontrar una correcta postura crítica a las dos posturas tradicionales sobre este problema historiográfico y Espada, gracias a su doble formación filológica e historiadora, consigue ofrecer una nueva perspectiva que debe ser tenida en cuenta por los investigadores de la historia arcaica de Roma.

Víctor Andrés TORRES GONZÁLEZ

Christophe BURGEON, *La première guerre punique ou la conquête romaine de la Sicile*. Louvain-la-Neuve, Academia-L'Harmattan, 2017. 1 vol. 24 x 15,5 cm, 244 p. Prix : 25 €. ISBN 978-2-8061-0337-6.

Après sa monographie consacrée à la troisième guerre punique et à la destruction de Carthage (2015), Christophe Burgeon a choisi de consacrer un autre ouvrage au premier conflit entre les Romains et les Carthaginois (264-241 av. J.-C.). Dans l'introduction (p. 11-14), l'auteur explique que « l'histoire de notre conflit a fait l'objet de peu d'études ; le plus souvent, elle fut traitée dans des histoires plus générales » (p. 14). Il se propose de revisiter entièrement le dossier, qui « présente plus de complexité qu'il n'y paraît au premier abord » (p. 14), en s'intéressant tout particulièrement au déroulement des batailles (surtout navales) et aux « principaux traits culturels, religieux, politiques, institutionnels et moraux des différents protagonistes » (p. 14). Le premier chapitre (p. 15-24) consiste en une présentation des sources historiographiques sur la première guerre punique. L'auteur déplore à raison l'absence de sources puniques et passe en revue les auteurs grecs et romains qui ont fourni des renseignements sur le premier conflit entre Romains et Carthaginois ; les principaux sont Polybe, qui a puisé des informations tantôt dans l'œuvre de Fabius Pictor (favorable à Rome), tantôt dans celle de Philinos d'Agrigente (favorable à Carthage), et Diodore de Sicile, dont la « somme de savoirs est une compilation d'auteurs d'inégales valeurs » (p. 21). L'insuffisance de la documentation apparaît déjà dans le deuxième chapitre (p. 25-29), consacré aux différents traités romano-carthaginois d'avant la première guerre punique, et elle se manifeste à bien d'autres reprises dans le livre de Chr. Burgeon. Dans le troisième chapitre (p. 31-37), l'auteur s'attelle à la tâche difficile de déterminer les causes de la première guerre punique ; s'agissant de l'impérialisme romain, après avoir envisagé des motifs d'ordre économique, politique, idéologique et stratégique, Chr. Burgeon conclut que les Romains ont opté pour une guerre préventive : « il apparaît que la première guerre punique, justifiée par des motifs sécuritaires, résulte avant tout du *metus Punicus* qui, après le *metus Gallicus*, n'était que la forme prise à un moment donné du *metus hostilis*. Rome, pour assurer son salut sur le long terme, aurait décidé d'entreprendre des mesures draconiennes. Ainsi, le véritable but de l'expédition en Sicile était d'affronter préventivement la puissance carthaginoise au cœur des positions qu'elle s'était assurées dans l'île depuis plus de deux siècles, et que seul le détroit de Messine séparait désormais des possessions romaines » (p. 34-35) ; quant à Carthage, elle tenait avant tout à préserver son empire commercial et maritime, ce qui nécessitait l'évitement de toute guerre cou-